

# LA ANTIGUA DE ZUMARRAGA ANTES DE LA HISTORIA

Por MANUEL AGUD

En cierta ocasión José M.<sup>a</sup> Busca Isusi emitió una opinión acerca de los antecedentes de la Ermita de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de la Antigua, que creemos debe ser tenida en cuenta como arranque de un estudio de más altos vuelos. Suponía que anteriormente debió de existir allí un santuario pagano. Daba como explicación el grupo de encinas, debidamente alineadas, que están junto al templo actual (no son, por supuesto, los árboles de entonces, sino retoños, o más bien producto de simientes sucesivas).

Su sugerencia era hacer una excavación en el suelo de la Ermita románica actual con la esperanza de encontrar a su antecesor (1).

Si lo último resulta problemático, la hipótesis general quizá pueda confirmarse con una serie de datos estimables (por ahora sólo como mera hipótesis de trabajo).

Al estudiar un grupo de topónimos del país vasco (2), y ver los recuerdos que poblaciones indoeuropeas prelatinas habían podido dejar en él, se entra en la sospecha de que la «marea céltica» no dejó libre este rincón de Guipúzcoa.

Si en el corazón de ésta ciertos atisbos nos hacen pensar en ello, es muy fácil llegar a Zumárraga y explicar ese misterio de las encinas de Antigua.

Entre los topónimos que estudiamos hay un grupo con sufijo *-ama*

---

(1) Acaso lo que halláramos fuese otro románico anterior, que correspondería a la época del Monasterio de S. Salvador de Olazábal, de Alzo, donado éste al de S. Juan de la Peña el año 1025.

(2) M. Agud: *Areas toponímicas en el país vasco* (Anuario Sem. Urquijo VII, 37 ss.).

que tiene todo el aspecto de indoeuropeo. Son éstos: *Cegama*, *Beizama*, *Arama*, *Berama*. Lo mismo podemos decir de la parte norte de Vizcaya desde la ría de Bilbao a la de Guernica, que parece zona indoeuropeizada, como lo dicen una serie de nombres terminados en *-ica* y *-aca* (*Barrica*, *Gavica*, *Gatica*, *Fica*, *Sondica*, *Delica*, acaso el propio *Guernica*, etc., y *Mundaca*, *Añaca*, *Gastaca*, *Andraca*, etc.). También allí hay algunos en *-ama* (*Lezama*, *Sarama*, etc.).

Si a esto añadimos la existencia del *castro* de *Inchur*, en Aldaba (Tolosa) (3), cuyo carácter céltico parece fuera de duda (compárese el de Navárniz en Vizcaya), si tenemos en cuenta también el «tesoro de Bolívar» (Escoriaza), es decir, los cuencos de oro de *Axtroki*, que pertenecen a la Edad de Hierro, a la época de Hallstatt (fabricados entre el siglo IX y VI a.C.), que acreditan el paso de estos pueblos célticos centroeuropeos por el país vasco (4), nuestra sospecha se extiende, según apuntamos arriba, hasta las encinas de Zumárraga.

Sabemos que éstas y el roble son árboles vinculados a cultos célticos.

Acaso el Arbol de Guernica sea en el fondo eso; si bien el carácter sagrado ha sufrido una transformación al correr de tantos siglos, con pérdida de su primitivo significado. Nos atreveríamos a afirmar que una veneración como la aún existente en la actualidad, sólo puede tener unas raíces y un sentido religioso; por tanto, el aspecto político referido a las Juntas de Vizcaya, etc., es sin duda secundario.

Y el culto al árbol es con mucha probabilidad también el que subyace en la Ermita de la Virgen de la Antigua, y el que hizo plantar encinas, que, según lo dicho antes, corresponderían a cultos druidicos.

Al mismo círculo de cultura pertenece quizá otro bosquecillo de ese mismo árbol situado en Guetaría (como se ve, en dirección a Deva,

(3) J. M. Barandiarán: *El castro de Inchur*, Munibe III/1975, 139 ss. (Anteriormente se habían hecho unas catas con el Prof. García Bellido).

Ignacio Barandiarán: *Guipúzcoa en la Edad Antigua* 41 ss.

(4) Estos cuencos, originarios de tierras alemanas, fueron encontrados junto a las peñas de *Axtroki*, en la anteiglesia de Bolívar (Escoriaza). Hay que tener en cuenta que durante la Edad de Hierro se fundaron varios *castros* en Alava y Navarra, entre ellos el de Peñas de Oro (Alava) a unos 25 Kms. de Bolívar, cuya fundación habrá que atribuir a pueblos centroeuropeos. La labor de los mencionados cuencos corresponde a trabajo de Europa Central.

En la actualidad se hallan depositados en el Museo Arqueológico Nacional, pero existen unas réplicas en el Museo de S. Telmo de San Sebastián.

(Ver Ignacio Barandiarán: *Guipúzcoa en la Edad Antigua* 36 ss.).

hacia Asturias y Galicia, ruta de probable desplazamiento de esos su-puestos celtas, sobre lo cual volveremos luego).

No hemos de imaginar un templo pagano anterior al cristiano de Antigua, sino, lo más, un altar al aire libre con un espacio sagrado equivalente al *témenos* o *alsos* griegos.

Pero no son esos solos los signos que nos hacen pensar en pueblos célticos. Todos conocen el cardo puesto en las bordas y caseríos. Parece un símbolo solar. Y nos atreveríamos a sugerir que éste se convierte en motivo ornamental aplicado a la talla en madera y en piedra. Tam-poco sería difícil llegar a las estelas discoidales.

Ahora bien: todos estos signos no dicen nada respecto a la expre-sión hablada de los pueblos.

Decir pueblos célticos es referirnos a ciertas manifestaciones de una cultura vinculada a ellos. Si éstos se extendieron por Europa y consti-tuyen la base común de esa cultura; si en un par de oleadas penetraron por España y llegaron a ocupar lingüísticamente también la parte cen-tral de la Península dejándonos muestra de ello, desde el Bronce de Luzaga (5) hasta el últimamente descubierto en Botorrita, a pocos kiló-metros de Zaragoza, que sería quizá su límite oriental (6); si, según parece, el nombre de *Deva* es del mismo origen, y en la onomástica antigua tenemos nombres como *Menosca*, *Gebalaica*, etc., que plantean problemas en este sentido, no parecerá arriesgado suponer que fue per-fectamente posible la existencia de enclaves célticos en el país vasco.

Ahora bien, nombres como los antes mencionados (*Cegama*, *Bei-zama*, *Arama*, etc.) acreditarían una larga existencia de colonos o inva-sores. Dar nombre a un lugar supone acaso generaciones de asenta-miento fijo. Porque si fueron absorbidos por los autóctonos, lo debie-ron de ser pronto, y sería difícil que hubieran dejado su nombre. En-tonces habríamos de pensar en núcleos de pobladores de cierta entidad. Nos movemos, como se ve, en un terreno enormemente resbaladizo, pero por ello mismo tentador.

Más probable es que la tierra estuviera escasamente habitada, con

---

(5) A. Tovar: *El Bronce de Luzaga y las téseras de hospitalidad latinas y celtibéricas* (*Emerita* XVI, 75 ss.).

(6) A. Beltrán: *Homenaje a Don Pío Beltrán* (*Anales Arch. Esp. Arqu.* VII, 73 ss.).

J. de Hoz-L. Michelena: *El Bronce de Botorrita* (Salamanca 1974).

A. Tovar: *Las inscripciones de Botorrita y de Peñalba de Villastar* (*Hispania Antiqua* III (1973), 366 ss. Vitoria).

población dispersa, sin agrupaciones urbanas de entidad, y que por ello gentes extrañas, con cierto poder bélico, fuesen admitidas *velis nolis* (7).

¿Serían pueblos invasores que se desplazaban con sus familias en busca de pastos? Acaso invasores masculinos, al estilo de los colonizadores españoles de América? Más parece lo primero.

Y nos asalta una duda (duda ya expuesta por otros): el vasco de Guipúzcoa. ¿Sería por desplazamiento desde los Vascones del norte de Navarra hacia zonas habitadas por otras gentes y por otras lenguas?

¿A qué fondo lingüístico pertenece el topónimo *Vardulia*? Su estructura no parece vasca. ¿Y los *autrigones*, *caristios* y *berones*, a qué responden?

Un corrimiento de pueblos de habla vasca hacia Occidente choca con el carácter del dialecto vizcaíno, cuyos arcaísmos han hecho pensar en un área lateral, por tanto muy antigua, que fue separada de la zona oriental vasca por el guipuzcoano.

¿Es la lengua posterior a esos nombres, o éstos corresponden a una invasión o a un movimiento de pueblos sobre una zona poco poblada de habla vasca?

Como se comprobará, las cuestiones no son baladíes.

Y si es posible, lícito y hasta obligado planteárselas, es porque

---

(7) J. M. de Azaola: *Vasconia y su destino. II: Los Vascos ayer y hoy*, 83 (Rev. Occidente 1976). Este autor se pronuncia de la siguiente forma: «El hecho es que los celtas, por ejemplo, que tuvieron que entrar en la Península pasando por suelo vasco, fueron a establecerse, entre otros sitios, en Cantabria y en Asturias, cuyo suelo y cuyo clima no eran ni más ni menos acogedores que los de la vertiente atlántica de la cordillera vasca. Por lo que el argumento de la pobreza del suelo y de lo ingrato del clima (mucho más templado y benigno, de todos modos, que el de la Europa Central o que el de costas atlánticas más septentrionales) no nos basta: haría falta, además, que la actual Vasconia estuviera entonces más densamente poblada que las regiones situadas al Oeste, cuyo relativo vacío demográfico atraería a los invasores. En todo caso, parece que los celtas controlaron, en los siglos VII al III antes de Cristo, el principal eje de circulación del país vasco (me refiero al camino que va de Pamplona a Miranda de Ebro pasando por Vitoria, y al que llegarían por Ibañeta); que una tribu céltica —los *suessiones*— se instaló en el sur de Navarra, donde acabó desapareciendo (absorbida probablemente, por la población indígena); y que en los extremos del territorio vasco —es decir, en el oeste de Vizcaya, en la Rioja y en tierras de Aquitania— hubo una profunda interpenetración vascocéltica reflejada en las inscripciones aquitanas, en las dudas surgidas sobre el carácter vasco o céltico de berones, caristios y autrigones, en la localización de tribus indudablemente célticas, como la de los nerviones, o en la coexistencia de topónimos vascos e indoeuropeos en unas mismas zonas».

existe algo en ese misterio, que forzosamente ha de tener explicación, aunque por ahora ésta no se nos alcance.

Guipúzcoa fue tierra de paso desde las épocas más remotas. La depresión occidental pirenaica ofrece unas facilidades que sólo en el otro extremo, el oriental de la Cordillera, se dan.

Si los pueblos germánicos (Suevos, Vándalos, Alanos) siguieron en su desplazamiento los llanos del occidente de Francia, es lógica su invasión de la Península por nuestra Provincia.

La colonización romana, que tuvo un carácter distinto, de penetración de grupos militar y jurídicamente organizados, reorganizaba a su vez los territorios al servicio de Roma, con miras a obtener tributos y conseguir productos básicos (aceite, trigo, vino, minerales). Como dato significativo, observemos que de Guipúzcoa lo único que les interesó fueron las minas de plomo argentífero de Arditurri (Oyarzun), con sus zonas limítrofes de Irún, Fuenterrabía, Rentería, para la salida del mineral seguramente.

En cambio, esos pueblos posteriores antes señalados (los germánicos) se movían para asentarse en tierras propicias. Al parecer, esta zona no les atrajo demasiado.

Pero en aquellos otros movimientos de los siglos VII al III a.C. ¿No pudieron quedar grupos en el país que justificarían los topónimos indoeuropeos antes señalados en el corazón de la Provincia (8).

Los asentamientos indicados al principio en el Norte de Vizcaya, entre la ría de Bilbao y la de Guernica, parecen evidentes por la abundancia de esos nombres con sufijo indoeuropeo, cuyo tema no tiene explicación por la lengua vasca.

La existencia de *Deva*, aceptado como de origen céltico por la mayoría de los investigadores, las encinas de Guetaria, el castro de Aldaba, los cuencos de Axtroki, etc., hacen pensar que los asentados en el Norte de Vizcaya acaso no vinieron por mar, sino que son una extensión, a través de Guipúzcoa, de gentes que llegaban desde la depresión occidental de los Pirineos.

Con lo expuesto no negamos que hubiera penetración por otros puntos de esa Cordillera, concretamente por Ibañeta y Somport. Que efectivamente existió puede deducirse para el primer puerto del nombre

---

(8) Sobre las posibles relaciones de los pueblos de la Cordillera Cantábrica, cf. J. Caro Baroja: *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica*.

de un Valle navarro, el de *Ulzama*, con un sufijo claro, ya estudiado antes (similar al que vemos en la antigua *Uxama* celtibérica de los historiadores antiguos, actual *Osma*), y también por la existencia de un poblado céltico en Echauri (cerca de Pamplona), que además conserva restos romanos. Lo mismo podemos decir del segundo puerto, el de Somport, en la ruta de desplazamiento hacia Occidente (ver lo dicho antes por J. M. de Azaola) por donde se llega a *Navardun* y *Berdun*, claros topónimos de ese origen (la situación topográfica del segundo corresponde a un poblado halstático, acreditado por los hallazgos).

Es decir, hay demasiados indicios (que no parecen meras coincidencias) de la existencia de grupos célticos en la zona vasco-navarra (dejamos los de más al Sur, donde los rasgos son evidentes). Por ello hemos de admitir la posibilidad de que también el corazón del Goyeri tuvo algo que ver con esa «marea céltica», capa sobre la que se asientan sin duda casi todos los pueblos de Europa, según se ha dicho.

Respecto a las lenguas célticas, éstas eran muy diversas entre sí, como ya indicaba César en *La Guerra de las Galias* (cap. I). Confirma esto las dificultades de interpretación del antes citado Bronce de Botorrita, cuya estructura de lengua corresponde claramente a una lengua céltica; sin embargo, no se ha podido penetrar en su contenido por medio de ninguna de las conocidas (la verdad, poco conocidas), y, como apunta Lejeune (9), permanece impenetrable por ahora.

Se pueden poner muchas objeciones a la hipótesis expuesta. La principal, la falta de restos de cerámica en el asentamiento de la Ermita de la Antigua. Si en el montículo no hubo habitación humana, no sería extraña esa carencia. Con todo. ¿No exigiría el culto el uso de vasijas? Es muy extraño.

Por otra parte, ¿pudieron tener entidad ritos y cultos en asentamientos más señalados (Cegama, Beizama, Aldaba) que fueron tomados por los autóctonos de estos otros lugares?

Lo mismo que *Inchur* había sido considerado un sitio fortificado de época moderna, hasta haberse realizado unas catas que confirmaron su antigüedad y la cultura a que pertenecía, acaso una prospección, previo estudio de todas las posibilidades, diera resultado en Antigua.

Tampoco disponemos de restos en Oyarzun (ya en época posterior),

---

(9) M. Lejeune. «La grande inscription celtibère de Botorrita (Saragosse)». Acad. des inscriptions et Belles Lettres. París 1973-74.

aparte de esas pequeñísimas muestras de dos cuellos de vasija, una lucerna romana y algunas monedas (10); sin embargo nadie duda de que tuvo cierta entidad, y que pudo ser municipio romano; con más motivo para poseer restos que algún asentamiento y altar al aire libre en esos pueblos que rendían culto a la encina y al roble.

Repetimos, que sólo interrogantes podemos plantearnos, motivados por ciertos indicios, ciertos nombres; interrogantes que acaso queden en eso, si la casualidad o el empeño en realizar excavaciones y catas sistemáticas no vienen a favorecernos con datos más concretos.

Ya comprendemos que la pretensión de colgar lo inexplicable a cómodas «perchas» no es demasiado científico, pero tampoco hay que desechar la intuición, que tanto ha ayudado en estos terrenos.

Respecto al monte que domina la Antigua, el *Beloqui*, Michelena (11) lo explica a partir de *bel(h)ar* «hierba y (*t*)*oki*. Quizá no sea suficientemente significativo ese dato para designar un monte como ése, ya que la característica de la hierba es general en los alrededores; sin embargo notemos que hay un cierto contraste entre el *Beloqui* y los próximos *Irimo* e *Isaspi*, lo que justificaría la hipótesis del autor señalado.

Repetimos que es arriesgada la suposición de celtismo aplicada al corazón de Guipúzcoa. Se ha abusado excesivamente del término, pero tampoco sabemos el alcance de las migraciones y sus múltiples implicaciones al correr de aquellos siglos de formación de la Europa que hoy conocemos.

Es de esperar que alguien de mayores vuelos intente un trabajo profundo sobre este punto. Creemos que merece la pena.

---

(10) L. Michelena: *Bol. Amigos del País* XII, 69 ss.

(11) L. Michelena: *Apellidos Vascos*, n.º 147 y 481.